



ENTREVISTA

Menos es más

Mathias Klotz lleva tres décadas de imparable y exitoso trabajo arquitectónico. Reconocido en Chile y el extranjero, se detiene a hacer un balance de su quehacer; una oportunidad para mirar hacia atrás, revisar sus obras e intereses. “Trato de hacer proyectos cada vez más simples”, dice. Y también de generar los espacios para disfrutar a sus hijos, navegar y viajar cada vez que puede a su departamento en Berlín o a su refugio en Coldita.

Texto, Soledad Salgado S.
Retrato, Carla Pinilla G.
Fotografías, Roland Halbe.

La oficina de Mathias Klotz, en Pedro de Valdivia Norte y vecina a su casa, es un universo propio. En el segundo piso, que se abalcona sobre el taller –donde hay unas 6 a 8 personas trabajando– se devela gran parte de sus intereses: hay una enorme colección de autos en miniatura que ocupa todo el largo de un mueble; también, algunas antigüedades puestas discretamente; dos llamativos trabajos artísticos de Norton Maza; unos pocos muebles de diseño; libretas, lápices, libros; un dibujo de un velero hecho por su hija Sofía –la más pequeña y fruto de su matrimonio con la artista Francisca Benedetti– que habla de los días en que navegan juntos, y una carpa de juegos para ella, con motivos infantiles, instalada en un costado; todo bajo un cielo de eucalipto blanqueado, alto y con lucarna.

Es una suerte pillarlo en Chile. Matemáticamente, pasa la mitad del año afuera, y no solo viendo sus proyectos que se desperdigan por lugares tan distintos como China –está desarrollando dos torres en el distrito financiero de Zhengzhou–, el Caribe o Uruguay, sino también en su departamento en Berlín, una ciudad de la que se declara fanático. Haber renunciado a su cargo como decano de Arquitectura en la UDP le permite más libertades.

¿Por qué renunciaste?

–Tengo una hija de 7 años, estoy divorciado y tenemos tuición compartida. Me intere-



“Siempre hice las cosas para mí, viendo hasta dónde llegar con una estructura. No para destacar”, dice.



Edificio Alma Brava en Montevideo. 10 pisos de vivienda.

sa hacer la vida con ella, estar en sus actividades; compartir con los dos más grandes que estudian Arquitectura. Y obviamente el otro motivo es tener tiempo para viajar. Partí como ayudante de taller en 1998, entonces me pasé la vida entera en la universidad, y de verdad no lo echo de menos.

¿Esa experiencia te permitió ir viendo cambios en los alumnos?

–Sí, son menos dispuestos al trabajo en general. No estoy de acuerdo con que un profesor rompa una maqueta porque no le gustó, pero que la desarme y la arme de otra manera para explicarte algo, sí. La vida es durísima, hay una fila infinita de gente que puede hacer lo mismo que tú, y algunos mejor que tú. Entonces si no estás preparado para la frustración, estás frito.

Fuiste parte de una generación potente, ¿por qué no se ha vuelto a generar?

–El sistema universitario está en crisis. Básicamente porque uno no puede exigir, hay una relación como la de prestación de un servicio. Los estudiantes no entienden que de-



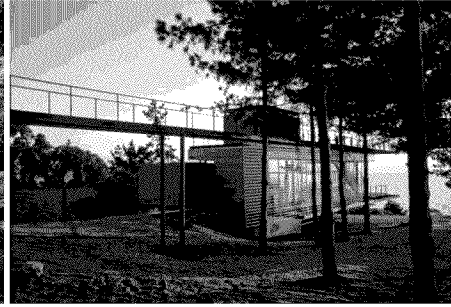
Una estructura desafiante tiene esta obra en Buenos Aires.

ben enfrentarse a una competencia. Es lo mismo que un deportista de alto rendimiento. Si eres un buen arquitecto eres de alto rendimiento, y el que no lo logre va a ser penca. Las universidades no están preparando a los alumnos para eso. Ahora, si el tipo tiene método, talento y es esforzado va a poder ser bueno, y alumnos buenos siempre hay. Pero no hay nada peor que emparejar la cancha hacia abajo.

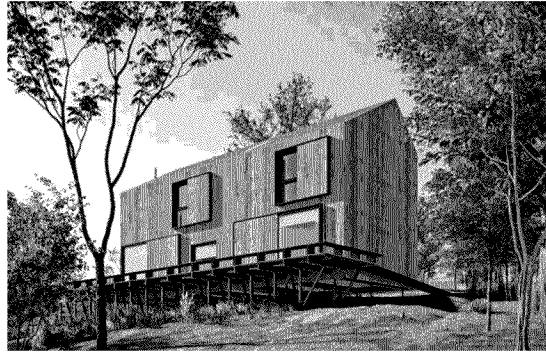
Hace poco realizó una charla a alumnos de la Usach, contando acerca de sus tres décadas de carrera y explicando el pensamiento detrás de sus proyectos, situación que le permitió ver sus antiguas obras. Sumergido entre diapos y placas encontró las casas que hizo camino a Farellones recién egresado, la de Tongoy para su madre, pequeños proyectos que hicieron de su nombre un referente en la arquitectura contemporánea. “Cuando uno junta mucho ve claramente que hay familias de proyectos, ideas que se repiten o que se desarrollan más. Veo soluciones de la casa de Tongoy en las de Coldita (la isla remota donde levantó su lugar de descanso y hasta donde llega na-



650 m² tiene esta casa en el lago Nahuelhuapi. Madera, cobre y hormigón.



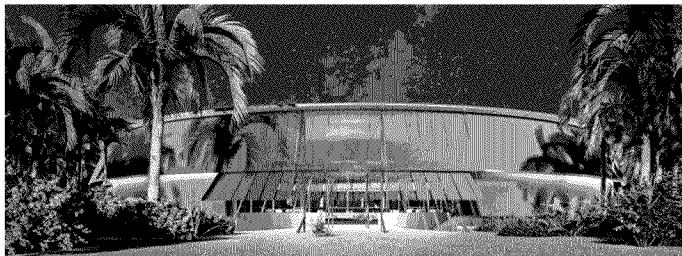
Un ejercicio de equilibrios y tensiones estructurales y programáticos implicó esta casa en Cantagua. 1998.



Proyecto en Buchupureo, uno de los 20 que tiene hoy.



Una de las cabañas que tiene en Coldita, en un campo de 166 ha.



Hotel Armani Lobster Point que está proyectando en Barbuda.

vegando). Te das cuenta de que hay cosas que te resultaron bien, y otras más o menos no más", dice.

¿Cómo ha ido cambiando tu obra?

—Hay gente que va haciendo cosas cada vez más complejas, pero yo trato de que sean cada vez más simples. Estoy en un ejercicio de borrar más que sumar. Por un tiempo hice obras bien llamativas, casas con estructuras llevadas al límite; y de verdad que no es neces-

sario. Me interesa más lo que no llama la atención, que solo sea un lugar bueno, especial.

Esa audacia sirvió para tu proyección.

—Bueno, si haces obras más llamativas pasa eso. Pero me empezó a dar urticaria la arquitectura espectáculo que estuvo tan fuerte en un momento. La arquitectura no es un producto de consumo. Hacer volúmenes llamativos me parece hasta poco sustentable. Los edificios que sobreviven bien al tiempo

son los racionales, discretos. En Berlín, por ejemplo, la arquitectura de la posguerra de los 50 a los 70 es infinitamente mejor a lo hecho tras la reunificación.

¿Y cuál es tu balance del estado de nuestra ciudad?

—El Santiago de los 90 a la fecha ha cambiado para bien. Ha habido más aciertos que errores; el mismo hecho de apropiarse del espacio público masivamente es increíble. Se ha invertido en parques urbanos. Piensa en el Mapocho. El río está presente en la ciudad, el parque comienza en el Bicentenario y va a terminar en el aeropuerto. Hay miles de ciclovías... yo era un bicho raro cuando me iba en bici de Vitacura a la universidad. No sería tan crítico con Santiago. Lo de Valparaíso es otro tema, y es lo más triste que le ha pasado a este país en temas de ciudad.

Ya que pasas mucho tiempo en Berlín, ¿hay posibilidad de abrir oficina allá?

—Sí. De hecho, el hotel de Armani que estamos haciendo en el Caribe es de clientes daneses y alemanes. Entonces sí, es posible. VD